

LA VUELTA DEL EMIGRADO



(DOLORA EN PROSA)

Semejante al ave que vuelve pasado el invierno á visitar su antiguo nido, vuelvo yo á ti, tierra querida, á buscar el reposo, tras de una agitada existencia.

Ilusiones y esperanzas jamás realizadas me han tenido durante largos años alejado de este rincón bendito.

He experimentado en mi larga ausencia trabajos sin cuento, dolores, desengaños, alguna pasajera alegría, cierto; pero ¡cuántas lágrimas han borrado aquellos cortos momentos!

Hénme ya de regreso y con ánimo de morir en donde vi la luz por vez primera. Vuelvo á distinguir con gran placer la casita que ha albergado mi cuna. Veo con gusto la hermosa pradera, teatro de mis juegos infantiles, y el anfiteatro de montañas que cerrando el lindo valle donde nació, era el límite, el valladar de mis aspiraciones á los quince años.

A pesar del tiempo transcurrido todo lo encuentro como entónces. El árbol que delante de mi ventana contemplo, el arroyo que baja saltando por la montaña, el gorjeo de los pajaritos entre las ramas, el viejo caserío, todo, todo está como entónces.

¡Ay! yo solo he cambiado. Mis alegrías se marchitaron hace mucho tiempo, mi cara se ha arrugado, ya no soy el jóven fuerte y robusto que lleno de entusiasmo emigró de entre estas cuatro viejas paredes.

Ingrato, no sabia apreciar la bondad de este clima, ni la hermosura de este suelo, ni la dulzura de las costumbres de sus habitantes.

No comprendia lo que la flor suspira ni lo que el arroyo murmu-

ra. Ha sido precisa la ausencia á lejanas tierras para comprenderlo.

Cuando te abandoné patria mía, era pobre, no tanto sin embargo que me faltase un pedazo de pan; pero ambicionaba la riqueza, y en mi calenturienta imaginacion concebía á mi regreso, cargado de oro, levantar un palacio donde hoy yaces á medio desplomarte, mi casita vieja.

Las ilusiones grabadas en mi cerebro me pronosticaban un porvenir dichoso.

Llevaba el recuerdo de tus suaves primaveras, de la paz y tranquilidad de tus campos, y caminaba guiado por la esperanza de un éxito venturoso.

¿Y ahora qué traigo de esas tierras lejanas?

El cabello blanco como la nieve, el corazón destrozado por los rudos embates de la esperanza marchita, y el deseo de morir tranquilo aquí en el rincón de mi casa.

No te pido, Providencia, más que lo que perdí cuando loco caminaba en pos de la fortuna, vivir todavía unos años contemplando lo que no supe apreciar, ya que he tenido la suerte de volver, con el pedazo de pan por todo alimento y el olvido de mis desaciertos en el espíritu.

ALFREDO DE LAFFITTE.

